

El romanticismo en la identidad latinoamericana

Ángel Ocampo
aocampo@cariari@ucr.ac.cr

Resumen

La identidad latinoamericana se forjó de la mano del romanticismo. Este ligamen quedó establecido históricamente en el intento de consolidar la independencia latinoamericana de la corona española. La creación de una identidad propia permitiría consolidar la independencia. Fue el romanticismo el que permitió gestar esa identidad. De esta manera, el romanticismo

latinoamericano está social y políticamente articulado con la identidad y la independencia.



En América Latina, la novela romántica está asociada con la crisis de identidad surgida después de las triunfantes luchas independentistas, acaecidas a lo largo de todo el siglo XIX. Específicamente, surge en el proceso de consolidación de los Estados-Nación emergentes que apenas rompían su cordón umbilical con la corona española. Según la clasificación de Larraín Ibáñez, esta crisis corresponde a la segunda etapa en la conformación de la identidad latinoamericana.

“Un segundo momento de importancia en que reemergen las preguntas sobre la identidad es la crisis de la independencia y el período de constitución de los estados nacionales, a comienzos del siglo XIX”.¹

Las tierras del llamado hasta ese momento Nuevo Mundo, quebraron durante la época victoriana de la Inglaterra dominante, su estructura homogénea diseñada en España y aparece en el panorama, el rostro fraccionado que, prácticamente, muestra hasta hoy en día América Latina.

Quizás la asociación del romanticismo con las luchas de independencia, sea lo que provoca el fenómeno -hartamente conocido- de la particularidad del romanticismo latinoamericano. Este romanticismo tiene sus especificidades y es, por esto mismo, distinto de su homólogo europeo. Según Carlos Fuentes, esta peculiaridad latinoamericana se producirá en todos los órdenes. Aunque siempre se alude a Europa o USA, en América Latina -siempre en Fuentes- la creación cultural ha sido propia, original.

Más que la originalidad que supone Fuentes, se trata de una inversión. Lo que la Ilustración representó para Francia, al cruzar el Océano, se invierte para los pue-

blos latinoamericanos. Lo que allá se proclamó como libertad, aquí se convirtió en esclavitud. Tanto Noam Chomsky como Franz Hinkelammert han desarrollado este fenómeno de la modernidad en el que se pretende que la esclavitud es libertad, la guerra paz y la intolerancia tolerancia. También en la novela de Alejo Carpentier, “El Siglo de las Luces”, aparece esta inversión en la cual la “máquina de la libertad”, instrumento principal de la modernidad, es la guillotina.

“Víctor Hugues se había transformado, repentinamente, en una Alegoría. Con la Libertad, llegaba la primera guillotina al Nuevo Mundo”².

Con la novela *La Nouvelle Héloïse* de Jean Jacques Rousseau (1758), se inaugura el romanticismo en Europa. A esta obra se la tiene como la primera muestra literaria de corte romántico. En esta novela, Rousseau signó el romanticismo europeo como una corriente centrada en la intimidad y sublimación de Yo. De aquí que el amor gravite en lo individual; en soledad, se disfruta o padece del sentimiento amoroso, el enamoramiento. Esta soledad es renuncia a todo contacto humano; en particular, a todo lo que posea una impronta social. Al transitar este camino, finalmente renuncia al ser amado: está enamorado simplemente del amor. El otro, el objeto amado y objeto de su amor, resulta ser un pretexto. En esta soledad, el único espacio vital que le queda al amor es la naturaleza. Ahí el genio creador del subjetivismo exacerbado y el individualismo absoluto, se ponen por encima de toda razón y estética. Este confín se convierte así en motivo de amor, deleite y gozo. Canta a la naturaleza porque es fuera de la sociedad donde encuentra la posibilidad de realización de sus anhelos. La natu-

raleza es el espacio propicio para la bondad y la felicidad humana. Más que el espacio adecuado, es el espacio propio del ser humano, su espacio. Fuera de este ámbito natural, todo tiende a corromperlo o pervertirlo. Y como las ciencias y las artes institucionalizadas -las complicadas costumbres y sofisticados convencionalismos, al decir de Rousseau- están regidas por la razón, ahora serán el sentimiento y la pasión las que guían en la ruta hacia la naturaleza. Y dado que el supremo de los sentimientos, el sentimiento por antonomasia, es el amor, será éste el criterio que determine la ruta hacia la felicidad y realización plena. En este romanticismo se advierte el carácter idílico de la naturaleza y de la sociedad, aunque con distinto signo: mientras todos los males provienen de la sociedad, la naturaleza es la fuente de todas las bondades humanas. A la primera se le asocia la complicación, a la segunda la simplicidad. Felicidad y sencillez, por un lado, así como desdicha y sofisticación, por otro, resultan de esta manera aparejadas. Esta naturaleza, además de sencillez, armonía, paz, quietud y sosiego, es tenida y asumida, sobre todo, como libertad.

El romanticismo latinoamericano, por su cuenta, no sigue exactamente los derroteros anteriores; enfatiza y se dirige, no al anhelo de intimidad y soledad individual sino a la liberación de lo social en la que ese individuo tiene lugar. (Quizás por esto, aún persista una Latinoamérica que anhela la modernidad.) Aunque el escape de la ciudad o la urbanidad hacia lo rural, al campo, a la hacienda o a la selva, signe la literatura romántica latinoamericana, no lo hace para despreciar la sociedad que le tiene sin cuidado, sino porque, por el contrario, le preocupa tan hondamente que no soporta el caos que



percibe en ella. Más que un desprecio -como en el caso europeo- este romanticismo constituye un lamento por la desastrosa y, sobre todo, confusa y caótica situación social. De alguna manera, está presente una pretensión por encontrar en la naturaleza la guía para comprender y transformar esa sociedad: la naturaleza como criterio heurístico, fuente de discernimiento. No sería aventurado afirmar entonces que, debido a esta diferencia señalada, la concepción de la naturaleza que aparece en este romanticismo, aunque también sea idílica, no lo es positivamente. Esta naturaleza latinoamericana es un mundo hostil, engañoso, que parece comportarse como el lugar del mal -infierno verde-. Hay en este romanticismo, aunque no de manera explícita sino subyacente, una representación de la cultura y la historia latinoamericana en la que los rasgos primordiales se muestran metafóricamente. Por tal motivo, en el romanticismo latinoamericano la naturaleza que toma forma de jungla o selva, es un espacio de batalla -centralmente entre el bien y el mal, entre civilización y barbarie-, de intranquilidad, de opresión y sometimiento. La selva es un espacio amenazante que, expresado a la manera de Arturo Cova al fin de la novela de Eustasio Rivera, "La Vorágine", se puede engullir, tragar al ser humano.

En síntesis, se advierte que al cruzar "la mar océano" todo se invierte. Mientras en el romanticismo europeo -por decirlo en categorías del cristianismo- el infierno es la sociedad y el cielo la naturaleza, en el latinoamericano, es al revés: el infierno es la naturaleza y el cielo, la sociedad idílica. En el primero la utopía es un lugar, la naturaleza; en el segundo la utopía es un estado, la sociedad, la cultura.

Cuando el literato Jean Franco se refiere a esta particularidad de la estética romántica en América Latina, revela la especificidad del romanticismo latinoamericano.

"En Hispanoamérica el romanticismo había significado nostalgia de la estabilidad, de la seguridad de la fe católica y del sistema tradicional de jerarquías sociales". (1986: 134)

La novela romántica supuso primero la apropiación del lenguaje, de un lenguaje latinoamericano que con Andrés Bello³ se legitimó como distinto del lenguaje castellano de Castilla, a la sazón insuficiente para pensar lo americano. No se trata tan sólo de lo que está por decirse de América Latina sino que además, como lo señala Carlos Fuentes, se trata de cómo decirlo. La novela permitió desarrollar estas cualidades, necesarias

históricamente. Las categorías encerradas en ese lenguaje impuesto y proveniente de otra realidad a la cual correspondía, resulta insuficiente para expresar lo propio: el latinoamericano, con la conquista, se había quedado sin palabra para expresar su mundo, su identidad. Debía ahora intentar otra conquista, la conquista de su palabra que, en definitiva, era la conquista de sí mismo.

Después de crear o legitimar su castellano propio, con su propia gramática, la novela romántica efectúa una especie de inventario de lo que hay en América, de lo que queda después de romper con España, pues el espacio circundante, después de romper con la metrópoli, le aparece caótico. Ha perdido una identidad y debe construir otra; en medio de ambos momentos, cuando la noche aún no llega y la noche aún no se ha ido -como diría el poeta Julián Marchena-, queda el caos. Así, la novela inicia haciendo un recuento de lo que queda; informa de la realidad con la que se cuenta. Esta realidad es la realidad interior; pero a diferencia de la interioridad del Yo europeo, aquí se trata de una interioridad territorial de América, de sus tierras desconocidas, donde la corona española nunca llegó: las despreció por inservibles e inútiles a sus intereses. Ya no vuelve los ojos a la metrópoli sino que busca

en sus entrañas, en la América profunda, su propio ser. Esta dirección tiene otra motivación en la búsqueda de la identidad: la búsqueda de lo propio suponía la necesidad de diferenciarse o distanciarse del pasado, y España era el pasado. El interior territorial constituye el territorio propio, virgen, libre de la impronta española. Así, se incorporan a la literatura selvas, llanos, sabanas, valles recónditos, cordilleras aisladas, y todo el confín del continente⁴. Estos elementos se incorporan no sólo a la manera del costumbrismo en cuya literatura no había mosquitos, serpientes venenosas, aguas pantanosas, enfermedades, aguaceros e inundaciones; para este romanticismo la naturaleza deja de ser un simple paisaje y pasa a ser un personaje, a veces inclusive protagonista. Esta naturaleza como simple paisaje, no era más que el escenario en donde Europa montaba su propia obra: la utopía europea en tierras americanas⁵. Fue preciso por tanto, descubrir una naturaleza propia, la naturaleza americana real, no la imaginada por Europa.

De esta manera, en América Latina la noción de patria nació marcada por la noción de territorio. Nación y tierra se confundieron para dar soporte a una exaltación de la naturaleza como lo indiscutible y auténticamente propio. Las particularidades de la naturaleza regional fueron motivo de orgullo. El lenguaje que posibilitara expresar adecuadamente este orgullo, debía ser un lenguaje propio, el que le acompañaba de manera particular. Si el ser reside en el lenguaje, la casa de este ser latinoamericano sería el lenguaje latinoamericano. Aparecen sustantivos que designen la vegetación, las frutas, las verduras, los animales, los accidentes geográficos y el paisaje que el castellano peninsular

no conoce.

Con la emergencia de lo regional, la literatura incorporó en sus diálogos y descripciones, regionalismos que, en principio, obligaron a incorporar glosarios explicativos de los términos al final de las obras. Es bien sabido que el lenguaje es, en última instancia - porque también lo es - un medio de comunicación. El lenguaje es ante todo una forma de ver y de verse, una sensibilidad. Es, en tal medida, una forma de pensar y producir conocimiento. El nuevo castellano se introdujo en las constituciones políticas de los nacientes Estados y se convirtió en el código oficial de sus gobiernos. Como sensibilidad, el lenguaje nuevo permitió generar una nueva estructura de valores y, con ello, una nueva espiritualidad que, de algún modo, rompiera con los valores impuestos por la corona durante la colonia. Que rompiera sobre todo con el desprecio de sí mismos que el español peninsular tenía por el criollo y el indígena, y que había transmitido durante todo el período de conquista y colonización, a éstos, al obligarlos a usar el lenguaje del conquistador que, desde sus propias premisas, contenía un profundo desprecio por ellos. Así como el conquistador somete imponiendo su lengua, la liberación del conquistado pasará por la creación de su propio lenguaje. No hay liberación real sin liberación de la conciencia, y esta no se libera sin liberar el lenguaje. En fin, el castellano "para el uso de los americanos" -en términos de Andrés Bello- permitió recuperar o crear una dignidad y autoestima que abriera las posibilidades para una identidad nacional propia.

"Se trataba de vertebrar naciones que padecían las indefiniciones propias del imperio español"⁶.

En esta dirección, los personajes del romanticismo latinoamericano son colectivos o arquetipos más que, como en el europeo, individualidades puras. Se introducen en esta narrativa, el cholo, el gaucho, el minero, el emigrante y el indio; pueblos o etnias en las que se reconoce esta América que recién nace a su vida republicana independiente en busca de su identidad.

Se dio prioridad de esta manera, no a la unidad latinoamericana, sino a la creación de los Estados-Nación, es decir, a las unidades a escala nacional. Esta fragmentariedad permitió que los EE. UU. se apropiara de más de la mitad del territorio mejicano y que separara Panamá del territorio colombiano, apenas iniciando el siglo XX - 1903-, para iniciar sus proyectos canaleros.

Según lo juzga Aínsa, las novelas que deben destacarse en esta época son "Amalia" de José Mármol (1851-1855), "Virgen, monja, casada y mártir" de Vicente Riva (1865) y "Cecilia Valdés" con Cirilo Villaverde (1879-1882). Se consideran también obras como "La Vorágine" de Rivera, "Don Segundo Sombra" de Güiraldes y "Doña Bárbara" de Rómulo Gallegos. En estas obras se advierten los rasgos apuntados anteriormente, así como las discusiones y preocupaciones sobre el futuro de las sociedades latinoamericanas.

Si se entiende el concepto de identidad como aquella representación totalizante de sí mismo que se da un pueblo, y desde la cual se posibilita su autoapropiación, el romanticismo agrega a la identidad, elementos que le permiten a estos pueblos constituidos recién como Estados, asumir su propia cultura y, en definitiva, asumir su propio destino, independientes de

la corona española. Por eso el tema de la soledad era inevitable. La soledad es un sentimiento que emerge en el hijo cuando rompe con su padre. Es el sentimiento que sigue al de ruptura. (La sensibilidad imperante lo interpreta -erróneamente- como sentimiento de libertad.)

El sentimiento de soledad es, en realidad, sentimiento de abandono, sólo que ahora en espacios cerrados. Sentimiento que continúa presente en la literatura latinoamericana donde los espacios cerrados son laberínticos o de abandono y yermo; por citar algunos títulos notorios, "El General en su Laberinto" y "Cien Años de Soledad" de García Márquez, "Sobre Héroe y Tumbas" y "El Túnel" de Sábato, el ensayo "El laberinto de la Soledad" de Octavio Paz, la novela corta "Pedro Páramo" de Juan Rulfo.

La única forma de salir de estos espacios cerrados será dejando de ser pueblos conquistados para ser pueblos conquistadores, pero no de otros pueblos sino de sí mismos: conquistando nuestro propio destino. Esto pasará por la recuperación de la unidad latinoamericana que destituya la fragmentación política. Carlos Fuentes así lo formula:

"La continuidad de la cultura contrasta dramáticamente con la fragmentación política del continente. La crisis que vivimos es, en parte, resultado de nuestros fracasos políticos. Pero ha revelado, también, el vigor de la continuidad cultural a pesar de ello. Ambos hechos nos proponen crear modelos de desarrollo que no estén reñidos con la continuidad cultural sino que, basados en ella, le den sentido y posibilidad a la continuidad política... // Pues si algo ha revelado la crisis actual, es que mientras los modelos políticos y socioeconómicos se han derrumbado uno tras

otro, sólo ha permanecido de pie lo que hemos hecho como mayor seriedad, con mayor libertad y también con mayor alegría".

A partir de aquí, Fuentes se dedica a levantar una larga lista de todos los campos de las artes en las que Latinoamérica vive, continúa produciendo y se mantiene a una altura universal. Fuentes llama a esta producción, la cultura latinoamericana.

En efecto, la recuperación de la unidad pasa indefectiblemente por la recuperación de la unidad del lenguaje, pero ahora no homogéneamente -unidad de la diversidad-, la unidad de las palabras con las cosas diversas. Conquistar nuestro destino es conquistar el lenguaje que permita la asunción de la propia forma de pensar y sentir en toda su diversidad. Darse a sí mismo su propia historia, su propio relato, su particular testimonio de universalidad.

NOTAS

1 1996: 130.

2 1969: 134.

3 En 1847 publica su estudio científico "Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los Americanos".

4 No debe olvidarse la manía expedicionaria que caracterizó el siglo XIX. Escalar el monte Everest, llegar al punto más alto del Kilimanjaro, a los fríos polos, etcétera, fueron algunos ejemplos que, fuera de la región, se emprendieron en particular por los ingleses.

5 Recuérdese los proyectos comunitarios de Juan de Zumárraga y Vasco de Quiroga, influidos por la obra de Tomás Moro, Utopía. Igualmente, las Misiones emprendidas por los jesuitas en América de Sur.

6 Aínsa, 1986: 126.

BIBLIOGRAFÍA

Aínsa, F. (1986). **Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa**. Madrid: Gredos.

Franco, J. (1993). **Historia de la literatura latinoamericana**. Barcelona: Ariel.

Fuentes, C. (1990). **Valiente mundo nuevo**. Méjico DF: Fondo de Cultura Económica.

Durán Luzio, J. (1979). **Creación y utopía Letras de Hispanoamérica**. Heredia: EUNA.

Larraín Ibáñez, J. (1996). **Modernidad razón e identidad en América Latina**. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Oviedo, J. M. (1995). **Historia de la literatura hispanoamericana De los orígenes a la emancipación**. Madrid: Alianza.

Prat, B. (1978). **Historia de la literatura hispanoamericana**. Madrid: Gredos.